



{  Cuento }

ENTRE LOS RIELES

ILUSTRACIÓN ANA MARÍA CADAVID

¿Sabe?, hace tanto tiempo que ya nadie los ve, que todos parecen haberlos olvidado. Yo no, se lo aseguro, yo no. No he querido olvidarlos, por eso, cada vez que tengo la oportunidad, cuento esta historia. Se nota usted cansado, yo sé lo que es viajar a estas horas, pero mire, le prometo que no le quitaré mucho tiempo.

Al principio era mucho más difícil verlos. A veces, muy esporádicamente, se escuchaba el grito emocionado de alguien señalando hacia los rieles, sonriendo o con la boca y los ojos abiertos en perfecta sincronía. Por lo general, eran niños que siempre estaban atentos, con las caras pegadas a las ventanas. Decían que era más fácil ver su brillo en las noches y que, en realidad, cuando el metro no estaba funcionando, a altas horas de la madrugada, era cuando ellos, tranquilos, se reunían a cantar. ¿De verdad no los recuerda? Está bien, tomaré su silencio como una negativa.

Nadie sabe de dónde salieron los primeros ni cómo llegaron a vivir entre los rieles del metro. Se pensaron todo tipo de estrategias para sacarlos de las vías, pues con sus extrañas formas y colores ponían bastante nerviosos a los pasajeros —incluso, muchos conductores renunciaron, asustados— pero pronto se supo que eran inofensivos y, además, la incapacidad de entender su forma de camuflarse entre los rieles dejó a todos con los brazos cruzados. De entre los pocos que no queremos disimular que no recordamos este hecho, hubo varios que los vieron con todo detalle, y aseguran que se veían muy tranquilos. Pero sabe qué es lo que más me entristece: yo nunca los he podido ver con total claridad. Al principio tenía mucha curiosidad y cada vez que iba al trabajo o venía del mismo, a pesar del tumulto de personas amontonadas de mala manera en el vagón, me esforzaba por no quitar la mirada de los rieles, como seguramente todos los que iban a mi lado. A veces me mareaba y temía cerrar los ojos por sí, justo en esa fracción de segundo, aparecía uno y me perdía esa mínima posibilidad. Pero pronto empecé a desistir y el trabajo y las rutinas y mi día a día me terminaron consumiendo. Una mañana, en que uno de esos gritos emocionados recorrió el vagón, todos los pasajeros dirigieron las miradas, expectantes, hacia la ventana señalada. Hice un esfuerzo poco convincente —ya tenía la certeza de que no los iba a ver— y fue en ese momento que alguien me llamó la atención. Bien, llegamos al punto central de esta historia, lo acepto. Una chica, de profundas ojeras y gesto melancólico, tal vez de mi misma edad, con el pelo recogido en una coleta descuidada, fue la única que no miró las vías. Se veía profundamente cansada, su traje barato parecía hecho unas tallas más grandes y su valija pesar más de lo que debería. Como esa que usted lleva, por ejemplo. Era como si viniese de un lugar muy remoto, como si, en realidad, solo su cuerpo estuviera ahí y lo demás a kilómetros de distancia. No sé exactamente qué fue lo que sentí en esos momentos, pero fue algo parecido a un soplo en el cuello. Y así, todos los días me la seguí encontrando en el mismo vagón, a las mismas horas. Yo me subía primero y me bajaba primero, y ella se volvió un elemento inamovible del paisaje, como si nunca llegara a su destino, siempre

con la cara fija en el suelo —si es que se podía ver el suelo en esa maraña de pies inquietos— y, mientras tanto, algunos pocos seguían atentos a los rieles.

Los días pasaron, sin ninguna novedad, y yo me la seguí encontrando. Todas las mañanas ensayaba conversaciones, improvisaba líneas nuevas, me imaginaba posibles preguntas y respuestas ingeniosas. A veces cruzábamos miradas y yo sentía ese impulso, un poco idiota, un poco infantil, de preguntarle si alguna vez nos habíamos visto, si nos conocíamos de algún lugar. Sí, no me mire de esa forma, sé que es patético. De vez en cuando alguien señalaba las vías del metro y de nuevo ese estado de excitación colectiva que duraba apenas unos segundos para pasar a ser reemplazado por una resignación ya blanda. Y ella no miraba, nunca miraba.

Espere un momento, ¿usted y yo no nos habíamos encontrado en estos vagones?, ¿ya no le había contado esta historia? Bueno, esperemos que no, la he repetido tanto que suelo olvidar los rostros que me escuchan. ¿En dónde íbamos? Ah, sí. Una tarde, en la que yo venía del trabajo, con el estrés partiéndome la espalda, pensé por un momento que, por fin, debía entablarle conversación. Pensé que una buena manera de acercármele sería cuando ocurriese otro avistamiento. Podría aprovechar el momento para comentar con ella esa extrañeza y, claro, preguntarle el porqué de su indiferencia. Me dije: *Creo que podríamos ser buenos amigos*. No sé si alguna vez a usted le ha pasado, pero era esa extraña sensación de saber que podríamos hablar el mismo lenguaje. Entonces, de pronto, el metro dejó de funcionar. Todos los pasajeros cruzaron miradas de fastidio. Por los altoparlantes sonó una voz mecánica e igualmente fastidiada:

—Señores pasajeros, pedimos disculpas, tenemos un problema de energía que pronto se solucionará. Dentro de pocos minutos la situación se normalizará y continuaremos el recorrido.

Pero los minutos pasaron y el metro seguía detenido. El calor nos sofocaba y los pasajeros se empezaron a estrujar, irritados. Alguien me dio un codazo en la espalda, disimuladamente, tratando de abrirse espacio en ese vagón atestado. ¿Alguna vez le ha pasado? Es horrible. Me dieron ganas de gritarle, pero mi estómago estaba tan apretado contra una maleta que preferí ahorrarme ese esfuerzo. Insultos por aquí, por allá. Por un momento tuve la sensación de que se iban a olvidar de nosotros, que nos íbamos a convertir en una suerte de naufragos en los rieles del metro y el pánico me comenzó a hormiguar en las manos.

Me fijé en ella. Su rostro seguía igual de imperturbable. Se veía muy lejana y con pocas ganas de dejarse contagiar por el malestar general: el que llevaba sobre los hombros, al parecer, era más que suficiente. Levantó la vista y se quedó mirando la ventana. Afuera solo se veían enormes edificios, más grises que de costumbre. El codo, insistente, seguía perforándome la espalda, y en ese momento me di cuenta del odio tan profundo que sentía por esta ciudad. ¿Usted alguna vez ha odiado esta ciudad? Por su expresión, yo creería que sí. A veces pienso que ese odio termina siendo hasta necesario. Y entonces, una enorme sonrisa se dibujó en su rostro, algo que me sorprendió demasiado,

como si un montón de años se esfumaran de sus facciones. Le juro que se veía hermosa. Ella señaló las vías del metro, así, riéndose como una muchachita, con los ojos llenos de vida. Confieso que también tuve ganas de reír, una eferescencia que me subió por el estómago. Me dije: *Bien, este es el momento.*

Todos los pasajeros empezaron a gritar emocionados y a pasar uno encima del otro para poder ganar un puesto privilegiado desde donde poder ver lo que ella señalaba. Entré en esa misma lógica, pero era difícil; solo lograba ver un resplandor que entraba por las ventanas, débil y aun así hermoso. Alguien gritó: —¡Se están metiendo debajo del vagón!

Yo me seguía estirando pero apenas lograba ver unas vagas siluetas. Los pasajeros se fueron tranquilizando y algo parecido a la paz inundó el vagón; incluso el calor lleno de sudores se fue apaciguando. De nuevo miré a la chica que, extasiada, no quitaba los ojos de los rieles. Vi que levantó la mano y pensé: *Lo va a hacer, lo va a hacer.* Accionó la palanca de emergencia y las puertas se abrieron. Todos nos quedamos en silencio. Yo había escuchado de personas que se adentraban corriendo por los viaductos, buscándolos. Muchos no volvían; otros, solo unos pocos, aparecían tiempo después, profundamente desilusionados.

La chica nos miró a todos; ya había dejado de sonreír, como si estuviera sopesando las posibilidades de lo que estaba a punto de hacer. Los murmullos fueron floreciendo y yo me quedé ahí, suspendido, con el corazón rebotándose en el pecho en una mezcla de miedo y frustración. Ella me sostuvo la mirada por unos segundos, como si me reconociera, y yo podría jurar que un amago de sonrisa se perfiló en sus labios. Luego, en silencio, saltó fuera del vagón. Todos los pasajeros, consternados, ahogamos un suspiro. No se alcanza a imaginar lo que sentí en esos momentos. Cuando la vi saltar, algo en mi espalda, algo que ya no era ese codo malintencionado, me empujó a seguirla. Quise gritarle: *No, espere, espere, por favor, tengo que decirle algo.* Pero todos estábamos tan apretados, como unas piezas puestas cuidadosamente, que supe que no sería capaz de romper esa muralla de espaldas. Algo se debatía en mi interior, pero lo intenté, de verdad que lo intenté, aunque, lo acepto, lo hice sin mucho esfuerzo, con una voluntad tibia: la cobardía era más fuerte. Mientras me abría paso a empujones las luces se encendieron y las puertas se cerraron. Pude escuchar el sonido de la energía recorriendo el vagón, como si fuese sangre que lo estaba llenando de vida y, sin darme ninguna oportunidad, el metro reinició su recorrido.

Cada vez es más y más difícil verlos. ¿No ha escuchado esa voz del metro diciendo: *Por favor, evite mirar por las ventanas?* Sí, ellos no quieren que los veamos, y ya pareciera que a la gente no le interesara. Pero algunos pocos queremos resistir, y por eso insistimos en no olvidar, por eso le cuento esta historia. No sabe cuánto me he reprochado mi cobardía, no haberla acompañado, no haber hecho lo mismo que ella hizo. Pero no he perdido la esperanza de volver a verla. Nos quieren hacer creer que se están yendo para nunca volver y nosotros, que somos más optimistas, sabemos que van a regresar, que siempre van a regresar. Sin embargo, ha pasado ya mucho tiempo desde el último avistamiento, no sé cuánto exactamente: la monotonía ya ha pintado mi rutina del mismo color y ya perdí la noción de los días. Siempre que pienso en ella extraño esa manera suya de estar y no estar, ese gesto descuidado con el que enfrentaba



todo lo que pasaba a su alrededor. Los pasajeros ya no se preocupan por mirar los rieles, pero yo, a pesar de que me miren como si estuviera loco y la gente prefiera no tocar el tema, insisto en contar esta historia para mantener viva esa ilusión. Estoy seguro de que volverán, que podré verlos, que, con un poco de suerte, la veré a ella, la veré sonreír de nuevo y haré lo mismo que hizo: me iré con ellos. La seguiré. ¿A dónde?, no lo sé, pero estoy seguro de que me iré, le juro que me iré. **U**

Cristian Romero (Colombia)

1988. Comunicador audiovisual y multimedial. Asistente del taller de escritura creativa de la Universidad de Antioquia. Apasionado de la ciencia ficción y la fantasía. Ganador de beca a la creación de la Alcaldía de Medellín, en cuento - autores inéditos, 2015.